

Lo que veo a través de mis cristales ahumados.

No hay quimera igual a la de creer que nuestros juicios puedan nacer puros de toda mezcla de afecto. Ese es su pecado original; y para éste no hay aguas purificadoras. Un solitario en Königsberg, o en cualquiera otra parte, escribe volúmenes sobre la razón pura. Bueno. Ese río de palabras, cuando llega el momento de juzgar sobre hechos, no se lleva, no arrastra uno solo de los granos de pasión de que se forman nuestros prejuicios.

Si fuera posible hablar de humanidad y de simpatías humanas, en medio de estas sacudidas espantosas de la conciencia moral, diría, para terminar, que el sentimiento que cabe, ante este desbordamiento de odios y temores, es el deseo de que se abran al cabo camino aquellas nobles pasiones, a ver si es posible que el orgullo de los pueblos se venza a sí mismo, y deje que se siente melancólicamente el mundo a restañar la sangre que le mana de tantas y tan crueles heridas.

UN POETA DEL GHETTO.

LARGO rato estuve detenido, cierta tarde, hace ya buen número de años, frente a un viejo lienzo de pared, que sostenía malamente los restos herrumbrosos de una reja, en uno de los rincones más apartados de la capital de España. Aquellas pocas piedras y aquel poco de hierro era cuanto quedaba entonces de la judería de Madrid.

Mi pensamiento me llevaba muy atrás en el tiempo; y al recordar la mísera condición de los habitantes de aquel lugar maldito, secuestrados más que por sus altos muros por la aversión fiera de sus convecinos, que en vano habían nacido sobre la misma tierra y bajo el mismo sol, me sentía interiormente halagado, en mi incontestable superioridad de hombre moderno, por la idea de que ya no era posible que turbase mi mente la visión de las escenas de matanza y pillaje que flotaban, como fantasmas de siniestros aquellares, sobre los barrios de judíos de Toledo, de

Burgos, de Valencia o de Córdoba. Al conjuro mágico de la declaración de los derechos del hombre, el espíritu humano se había limpiado de su costra secular de odio e iniquidad; y en las manos del hombre no había de coagularse más la sangre de Abel.

No habían transcurrido muchos años después de la tarde de esas consoladoras reflexiones, cuando empezó en Europa la agitación antisemítica, fomentada por hombres perfectamente barnizados de cultura, periodistas, oradores, poetas y hasta teólogos. El judío era de nuevo la víctima emisaria, cargada con los pecados de nuestra civilización. Vestido estaba del vellocino de oro, y debía ser trasquilado antes de ser inmolado. De la predicación se pasó a las persecuciones, al despojo, al destierro, y ya se ha llegado otra vez al degüello y al saqueo. El siglo veinte ha dado la mano al siglo catorce: y a los clamores de espanto de las aljamas de Toledo responden, en coro infernal, los lamentos de las aljamas de Kischineff. Mefistófeles, con la máscara de Robespierre, lleva por todo lo alto la batuta.

¿Cómo no? ¿Acaso la predicación de un día y otro día gotea en vano sobre el alma del pueblo, amasada de miseria, de codicia y concupiscencia? ¿No es el judío la sanguijuela hidrópica de oro? ¿No es el aliado natural del enemigo de más allá de la frontera? ¿No corrompe a la virgen cristiana? ¿No crucifica al niño bautizado? Toda la per-

versa retórica de los demagogos antisemitas se ha empleado en glosar los versos del canciller de Castilla:

«Allí vienen judíos, que están aparejados
para beber la sangre de los pueblos cuitados.»

Y los pueblos cuitados están siempre dispuestos a creer con mayor fe lo más abominable, lo que ennegrezca más la naturaleza humana, y endurezca más unos contra otros los corazones de los hombres, y los lance unos contra otros o unos sobre otros, para responder al canibalismo ideado con el canibalismo efectivo. Después se canta un tedéum, y se pide, con lágrimas de enternecimiento, paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Un nuevo y doloroso éxodo ha comenzado para los descendientes de Israel, que desde las playas inhospitales de Europa se desbordan, como río de revueltas aguas, sobre las costas de Norte-América. Por decenas de millares se cuentan los judíos que han huído de Austria Hungría, de Alemania y de Rusia, y se encuentran hacinados en las húmedas y sombrías casas de vecindad del Ghetto de Nueva York.

Una visita a esas zahurdas miserables deja frío en el alma por mucho tiempo y el eco en los oídos de la más extraña jerga, en que puedan expresarse el dolor y la desesperación humanos. Los judíos recién llegados a la ciudad imperial

hablan una especie de germanía en que se mezclan y amalgaman vocablos alemanes y hebreos o rusos y hebreos, según los casos, y a que se da el nombre de *yiddish*. Esta jerga, importada de sus tierras nativas, predomina en el Ghetto, y se mantiene por lo menos en la segunda generación de inmigrantes.

Nada parece a primera vista menos literario que esa bárbara jerigonza; pero tal es la fuerza de expresión del dolor verdadero, de tal modo necesita el alma doliente exhalarse en quejas rítmicas, para mover, siquiera por la simpatía del movimiento musical, las otras almas, que del seno de esos condenados en vida, de esa *perduta gente*, se han elevado suspiros armoniosos, voces de poetas, que han repercutido en el corazón de sus endurecidos compatriotas de más allá de los mares.

Entre los escritores en dialecto yiddish del solo Ghetto neoyorkino hay varios que han alcanzado notoriedad, como Bloomgarden o Zunser; pero recientemente ha sobresalido entre ellos uno, que parece destinado a la celebridad. Se llama Morris Rozenfeld, y su acento, aún a través de las traducciones, es tan hondamente patético, que hace recordar al punto los trenos de los grandes poetas de la miseria, como Thomas Hood o Elizabeth Browning. El *canto de la máquina de coser* no llega a la excelencia artística del *canto de la camisa*; pero, en su airada sequedad, punza las

fibras de la conmiseración, como si las inflexibles agujas se hubiesen tornado dedos de hierro en la mano del poeta.

Las poesías del cantor del Ghetto acaban de ser traducidas al alemán por E. M. Lilien, y publicadas en Berlín con ilustraciones que suplen el texto con un terrible simbolismo. Al mismo tiempo se anuncia una versión francesa, a la par de otra rusa, que se deberá a la pluma de cinceador de Máximo Gorki.

La ferocidad humana no envejece. Quede al menos a sus víctimas el consuelo de convertir sus lamentos en imprecaciones tales que hagan de cuando en cuando estremecerse a los verdugos. La miseria y el dolor siguen pululando a la vista de los indiferentes y empedernidos. Que alguna vez al menos una voz de poeta les haga subir al rostro palidez fugaz, al oír, como un eco de moribundo que se extingue, la queja de los descoloridos labios de la costurera.

*Oh god! that bread should be so dear,
and flesh and blood so cheap! (*)*

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

13 de julio.

(*) ¡Dios de bondad!, qué el pan cueste tan caro, y la carne y la sangre tan baratas!

EL PADRE JUANÍN

COMO soy yo mismo lo que más cerca tengo de mí y lo que puedo observar más a mi sabor, he procurado más de una vez trazar la espiral de mis transformaciones mentales. He procurado, lo que no quiere decir ni remotamente que lo haya conseguido. Pero he buscado todos los jalones que he podido señalar, para fijarlos en mi memoria; y por eso he inquirido los diversos elementos que han tenido o han podido tener alguna influencia en el desarrollo de mi carácter.

Entre éstos cuento al padre Juanín. Fué éste mi último profesor de matemáticas. Pero no influyó en la formación de mi espíritu por su enseñanza. Cuando pasé entre su varilla y su encerado, era yo muy fuerte en aritmética, pero sabía poquísima álgebra, menos geometría y muchísimo menos trigonometría. Si digo nada, de esta última disciplina, no me aparto de una tilde de la verdad. Cuando salí de su clase, y no por su culpa, estaba poco más o menos lo mismo.

Con todo eso, el padre Juanín dejó huellas bien apreciables en mi ánimo. Era el buen hombre tan enjuto de cuerpo, como de espíritu. Entre las figuras geométricas, hubiera podido realizar el ideal de la columna. Arquitectónicamente considerado, lo era; delgada, pero maciza y de piedra berroqueña. No conoció la flexibilidad. Al sentarse, al ponerse de pie, al arrodillarse, parecía no tener coyunturas. En cuanto a su cerebro debió ser fundido de una pieza. Un antropoide debe tener más circunvoluciones cerebrales. El padre Juanín vivía a sus anchas en la edad de piedra. Pocas ideas, pero con tales raíces en su masa encefálica, que ningún forceps humano hubiera logrado arrancarles una brizna.

Cierta vez mi maestro de retórica y poética me dió por tema un soneto a la Resurrección. Lo compuse, y fué tan de su agrado que lo enseñó a sus compañeros. El padre Juanín lo leyó de soslayo, hizo casi una mueca, tic que le era habitual, y me llamó: —¿De dónde has copiado esto? —De ninguna parte, Padre. —Mientes: de algún libro viejo. Y el soneto quedó *in aeternum* clasificado para él entre las producciones del poeta ramplón X, que debió florecer o marchitarse en el siglo XVII.

A pesar de esta herida a mi vanidad estudiantil, que, como se ve, sangra todavía, y de otras y otras y quizás por ellas, mi profesor de matemáticas, que no aprendí, ha tenido indudablemente

parte en mi evolución interna. ¿Cómo? Por repulsión y contraste.

Fué un ideal que se impuso, sin darme cuenta, desde luego, para conducirme a través de los vaivenes de la vida, hasta llegar al polo opuesto. He aquí por qué tengo que estarle, y le estoy en realidad, sinceramente agradecido.

El que piense que estampo esta afirmación con un grano siquiera de ironía, demostrará solamente que no se ha dado cuenta de lo enrevesado del problema que trataba yo de resolver, ni de los verdaderos factores que en él forzosamente entran. Y lo felicito.

PAREDES DE CRISTAL

Pocos meses atrás, un caballero, que está recogiendo datos sobre el desarrollo material y moral de Cuba, me pidió algún breve escrito mío, sobre cualquier tema; sin duda para que pudiera tenerse idea de mi modo de discurrir y de expresarme. Con ese motivo escribí los siguientes párrafos:

«Acabo de reeler esta frase, que leí hace muchos años: «Las democracias han de vivir en casa de cristal». Entonces me entusiasmó; y ahora me ha entristecido.

«¿Es que la edad me ha ido petrificando el cerebro y me ha convertido en reaccionario? ¿Hace daño la luz excesiva a mis ojos envejecidos? No por cierto. Todavía me regocija la espléndida claridad meridiana, y me hace encoger de hombros la idea de que los pueblos puedan subir de nuevo y a reculones la cuesta que bajaron. Ni el hombre, ni los hombres viven dos veces.

«Me ha entristecido, porque ha hecho surgir ante mí el terrorífico escenario de Europa, cuna de la libertad, y campo hoy del más tremendo cataclismo que han podido producir la demencia y la ceguera de los hombres.

«Grandes democracias son Francia y la Gran Bretaña, sobre el sufragio universal cree levantar la fábrica de su gobierno la Confederación Alemana. Y a pesar de las paredes transparentes de sus casas ¿quiénes vieron los tremendos combustibles que se hacinaban y la mano o las manos que lanzaron la chispa que hizo saltar un mundo?»

«A los primeros resplandores del incendio, vimos correr despavoridos, desde sus plácidos retiros veraniegos, a jefes de naciones, que las sintieron amagadas en el corazón; locos de sorpresa y espanto se precipitaban los directores de grandes partidos opuestos por principio a la guerra; y el común de los ciudadanos se desbanda en todas direcciones, sin saber dónde encontrar puerto de refugio.

«Me ha entristecido, porque en esa misma democracia, gobernada hoy por un letrado de la misma escuela del autor del nítido aforismo, ¿logra nadie, por perspicaz que se crea, penetrar en los meandros del cerebro del estadista o los estadistas que envían notas conminatorias a los poderes europeos beligerantes, y aceptan o pa-

recen aceptar sus intrincadas y untuosas respuestas?»

«Cuando era yo niño tuvo fama el palacio de cristal en que celebró Inglaterra su primera exposición. Ciertamente. A través de su transparente armazón se veían las poderosas máquinas con que la industria había revolucionado el mundo fabril. Lo que no se veía, ni podía verse, era el engranaje interno de ruedas y palancas, ni la voluntad directora que, por su medio, les comunicaba vida y las ponía en movimiento».

He vuelto a leer ahora lo que entonces había estampado, y advertí que, aún circunscribiéndolo solo a lo que se llama vida pública, mi punto de vista alcanza tal generalidad, que empezó por sorprenderme y acabó por convertirse en verdadera lección de mortificación y modestia.

¡Lo que se ha atronado nuestros oídos, desde hace lo menos ciento cincuenta años, con el dogma de la soberanía popular! Cuántas tremendas sacudidas y cuántas sangrientas revoluciones en América y Europa, para defender, sacar triunfante y afianzar ese nuevo artículo de fe. Solemnes constituciones, a guisa de flamantes tablas de la ley, fueron promulgadas, y descansaban todas sobre esa amplia base. A cada uno nos tocaba nuestra parte alícuota de soberanía.

Casi un siglo después, los estadistas alemanes hicieron un peregrino descubrimiento. No: el pueblo no es soberano. La soberanía se cierne

mucho más alto, para cobijarnos a todos. No se encarna en la masa amorfa, ni en la masa organizada, ni en los hombres, ni en el hombre. La soberanía pertenece al Estado. Se necesita leer a los tratadistas penetrados de ese gran principio, en Alemania y fuera de ella, para formarse idea de la devoción, de la veneración con que se inclinaban reverentes, casi se prosternaban, ante esa deidad recóndita, omnicomprehensiva, permanente, exclusiva, ilimitada: el Estado. El triste soberano desposeído, el átomo humano, mi vecino, yo, con mi cédula o mi planilla o mi infolio electoral, reducidos a cero, a menos que cero, a cantidad negativa. La defenestración de Praga, la de Belgrado.

Y sin embargo, si rodando por el polvo se puede pensar, nos conviene convencernos de que aunque la soberanía del Estado nos parezca a primera vista más etérea, que la del pueblo, no falta, ni ha faltado nunca quien la ejerza con más efectividad y por tanto más eficacia real que los electores desperdigados a colegiados. La soberanía popular ha sido y es un mito. La del Estado lo parece; si no fuera porque los que desempeñan esa función subordinada, secundaria, está uno por decir insignificante, del gobierno, la atrapan por los aires, la vivifican, la encarnan y la ejercen.

Nuestros tratadistas se asombrarán y hasta se indignarán por esa afirmación necia, que no

atiende a la distinción profunda, a la separación completa, que establecen entre el Estado y el gobierno. Lo reconozco: una cosa, lo superior, lo ideal, es el Estado, y otra subordinada, inferior, inferiorísima, el gobierno. Solo que el gobierno es real, lo ejercen hombres, que tienen en sus manos todos los medios reales y hasta ideales para actuar sobre otros hombres. Una bicoca.

To suck, to suck, the very blood to suck

Pues bien, supongamos, y no es poco suponer, que armado de mi boleta electoral, del todo consciente de la alta función que me dispongo a ejercer; conociendo bien o bastante bien o casi bien a todos y cada uno de los que voy a elegir para que me den leyes, me impongan contribuciones, administren la hacienda pública, me gobiernen, representen a la nación y la dirijan en sus relaciones con los demás pueblos; sin que nadie ejerza sobre mí coacción, ni siquiera presión moral; seguro de que mi voto ha de ser considerado cosa sagrada, intangible, que nadie manosea, adultera o sustrae diestramente; segurísimo de que nadie será osado a inflar o desinflar el número de votos obtenidos por tales o cuales candidatos; supongamos, repito, que mi voto, uno, entre cincuenta o cien o doscientos mil, ha contribuido a elegir el gobierno de mi confianza o preferencia. Y supongamos que éste ha triunfa-

do honradamente, sin violencias ni artimañas públicas ni secretas, con el desconsuelo, pero con el respeto de sus adversarios.

En esta situación naturalísima, pero casi fantástica, al menos por estas tierras de Hispano-América, ¿qué voy a ver yo, el elector de marras, a través de las transparentes paredes cristalinas de las mansiones oficiales de mis gobernantes? ¿Qué voy a saber de los antecedentes genuinos de las resoluciones que más me importan y conmigo a todos mis conciudadanos? ¿Quién me da cuenta de los verdaderos móviles de actos que pueden ser decisivos para el porvenir de mi pueblo, y que nunca son indiferentes?

Comprendo que mi grave miopía exasperará a algunos, que me pondrán casi con lástima, la mano en la boca, y me dirán, enarcando los ojos: ¿Y la razón de estado?

El golpe es contundente. Pero exista o no esa famosísima razón, de que tanto se ha escrito y sobre la que tanto se ha pretendido edificar, me permito decir que, hasta ahora al menos, los que la manejan han procurado encerrarla algunos estados bajo tierra, lejos de exhibirla en caja de cristal.

Si estamos enfrascados en sutiles y trascendentes negociaciones con uno o más poderes extranjeros, secundarán mis sesudos maestros, vamos a salir tañendo las campanas y convocando a cabildo abierto, para que nos tengan por idio-

tas, si no por locos de atar los estadistas que manejan el otro cotarro, y rompan sin más sus tratos con nosotros?

Evidente me parece, de toda evidencia; pero, vuelvo a todos lados la cabeza y no distingo por parte alguna las transparentes paredes en que habíamos convenido que se encerraban, para no estar encerrados, nuestros democráticos contratantes.

Puedo leer cada vez que quiera los mensajes que envía el Ejecutivo a las Cámaras, y en que se enumeran ce por be los motivos razonados de las leyes que se solicitan. Acabo de recibir precisamente el mensaje del presidente de la Argentina al Congreso en mayo de este año. Tiene ciento ochenta páginas. Relata minuciosamente «cuanto se relaciona con la situación política interna y externa» de esa próspera república. Es de cristal. Pero sospecho que hay serpeando por esas páginas muchas venas ocultas, de que nada sabe la turba multa de los argentinos; y por fuerza menos que nada los que no somos argentinos. Claro está que éste es un mero ejemplo, y que lo mismo cabe decir de nuestros mensajes y de cualesquiera otros. El mal, si mal hay, no está en la nacionalidad.

Todos quisieramos que gobernar fuera otra cosa. Pero no se trata de lo que quisieramos, sino de lo que es. Y por desgracia la verdad desnuda vive muy escondida y tiene parentesco muy